

Alejandro Susti

1881

a la memoria de C. G.

No he sido nunca muy afecto a los asuntos de la memoria y menos aún a los de la historia. Mi padre, que por mucho tiempo se esmeró en inculcarme un amor por el pasado que no dio nunca los frutos esperados, terminó por renunciar a sus propósitos. Es más, sus intentos desvanecieron en mí cualquier interés por materias como la genealogía o la mismísima arqueología, disciplinas que, por lo demás, siempre asocié —no quiero sonar irreverente ni mucho menos irrespetuoso— con los muertos o los cementerios. En todo caso el interés por conocer la historia de mis antepasados paternos o maternos no fue un asunto que estuviera entre mis planes. Por todo ello, el día en que mi madre me alcanzó una copia de las memorias de su abuelo —“tu bisabuelo”, fueron más bien sus palabras exactas— recibidas algunos días antes de manos de un familiar cercano, las acepté de mala gana.

El tiempo fue haciendo lo suyo hasta que en una noche de insomnio y pesadillas —en las que mi padre parecía recuperar

el ánimo de someterme a sus sueños de historiador frustrado— me topé con el mamotreto oculto entre otros libros sobre el gabinete de mi sala. Fue en ese momento en que decidí abordarlo aun a costa de mis propias reticencias convencido de que hallaría el remedio a mi desvelo. La letra pulcra y esmerada de mi bisabuelo extendida sobre las blancas hojas rayadas, formaba una suerte de danza acompañada que surtía un extraño hipnotismo en mí en esa noche. Después de las primeras páginas introductorias, anunciaba el relato del episodio que, en sus propias palabras, había constituido “la más grande acción que he realizado en mi vida”.¹ Lentamente, la naturaleza de la narración y las implicancias de los acontecimientos me fue atrapando. Tuve por un momento la sensación de que aquella historia en cierta medida estaba vinculada de una manera muy estrecha con mi propia vida y, por qué no decirlo, con aquel interés por el pasado que mi padre había intentado alimentar en mí. Ahora que lo pienso, mi decisión final de acercarme al testimonio de mi bisabuelo estaba ya en cierta medida decidida de antemano por alguna oscura fuerza que el destino fue tejiendo perversamente.

Los acontecimientos se sitúan en aquellos lejanos días del verano de 1881 —más exactamente en los instantes previos y posteriores al día 15 de enero— en que la cruenta guerra del Pacífico parece llegar a su fin: el ejército chileno se dispone a atacar los remanentes de un ejército peruano desorganizado y maltrecho, compuesto en su mayor parte por civiles que han acudido a la defensa del último bastión, la capital Lima; el escenario de la batalla es el Miraflores de aquel entonces, balneario situado al sur de Lima; las circunstancias, los arrestos previos

1 Mi bisabuelo escribió sus memorias a los cincuenta y cinco años de edad y el hecho narrado ocurre, en realidad, unos cuarenta años antes, es decir cuando él apenas contaba con diez años.

a la batalla y sus consecuencias contemplados desde la mirada inocente de un niño.

Salvo breves y puntuales correcciones, he tratado en lo posible de respetar el estado original del texto que cito a continuación:

El día 15 de enero de 1881

Habíamos pasado toda la noche del 14, acompañando a nuestro padre en las rondas de su División. Solo descansamos unos momentos en el reducto nº 2, que ocupaba el 4º de Reserva bajo las órdenes del Coronel Colina. Es de imaginarse lo que sería Miraflores desde el 13 al 15 de enero. Las carreteras estaban obstruidas por las diversas clases de carruajes en marcha, por las tropas, mulas y jinetes montados que iban y venían y por ambulancias. La línea férrea lo estaba por trenes con tropas, artillería, heridos, y mujeres y niños. No se permitía el embarque a Lima de un solo hombre útil. Muchos heridos en estado agónico eran depositados en las casas y en el campo, mientras los miembros de la Cruz Roja se multiplicaban por todas partes. Varios de ellos, levemente heridos, continuaban su obra humanitaria y ya algunos habían perecido víctimas de las balas enemigas. Cuadrillas de gente enterraba como podía a los muertos. La Iglesia fue transformada en lazareto. Las mulas iban cargadas de municiones, las reses y carneros eran conducidos a lazo para alimentar a las tropas. Se activaba la construcción de las trincheras y todos los que tenían picos y lampas se ofrecían para las obras de defensa.

Se veía, especialmente en las noches, el incendio de Chorrillos y Barranco. La gente de allí venía en fuga, tenía cara de espanto y narraba escenas incontables. Lloraban desconsoladamente las mujeres por sus esposos y sus hermanos y por los ultrajes de la soldadesca de la que habían sido víctimas. Los fuegos de la escuadra enemiga se percibían claramente. Inmenso número de gente presen-

ciaba el movimiento de los buques desde los bordes de los barrancos.

Todo era espantoso como es la guerra que ofrece un carácter de atrocidad increíble y de fatiga inaudita; quizás yo tan niño en esos días, sin poder medir responsabilidades, sin poder pensar tanto en las crueles angustias del momento, me sentía entusiasmado. No creía que a tanta tropa y tanto elemento podría vencer el enemigo. Mi imaginación no me llevaba a suponer los del enemigo y a comprender que allí no había organización, buen plan ni defensa ni dirección técnica competente. Me deslumbraba el brillo de los uniformes, la majestuosa presencia del Dictador Piérola acompañado de cientos de Jefes y Oficiales, elegantemente uniformados y los gritos entusiastas de “Viva el Perú”.

Habíamos pasado dos noches y dos días sin dormir, estábamos cubiertos de polvo, bebíamos el agua de una acequia que corría tras de los reductos. Por fin terminó el 14 de enero, aquel largo día de verano, y cuando cerró la noche tendieron a descansar las tropas en sus vivaques, plenamente convencidas de que al día siguiente se daría la gran batalla. Esa noche ya muy tarde nuestro padre nos advirtió que al día siguiente yo y mi hermano Teobaldo nos iríamos a Lima en el primer tren.

Amaneció el fatídico 15 de enero de 1881. El sol era radiante. Por todas partes se contemplaba el brillo de las armas y el inusitado movimiento de un ejército que se prepara a la lucha. Las tropas tomaron su desayuno muy temprano. En algunos semblantes observaba yo un extraordinario entusiasmo por combatir, en otros la resignación del que sabe que tiene que defender la Patria aun a costa de su vida; pero en toda esta gente cerca de la que yo estaba no se veía desfallecimiento de ninguna especie. Allí se habían unido para defender el honor nacional y la integridad del territorio, ancianos, vocales de las Cortes de Justicia y del Tribunal Mayor de Cuentas; empleados públicos de alta

jerarquía, jóvenes universitarios y aun de colegios particulares, menores hasta de 15 años; hombres del alto comercio y dependientes de almacenes, banqueros y empleados; pobres y ricos, todos bajo un ideal, cubiertos por la misma bandera.

En la mañana del 15 de enero todos estaban listos para la batalla. La derecha de Miraflores había sido reforzada con tropas de Lima, el Batallón de la Marina comandado por el valiente Coronel Fagni y el batallón Guardia Chalaca. Estos dos cuerpos horas más tarde dieron pruebas de indomable valor rechazando al enemigo hasta cerca de Barranco sucumbiendo en la pelea el 75% de sus efectivos.

Se notaba un activo movimiento de las tropas chilenas y esto excitaba los ánimos de los que querían de una vez comenzar la pelea. Mi padre estaba en el reducto que ocupaba el Coronel Colina. Allí se sirvió el almuerzo sobre varios cajones de municiones ya abiertos. Este almuerzo consistió en un plato de migas con huevos fritos y un churrasco. Recuerdo que alrededor de este último banquete de despedida se sentaron mi padre, el Coronel Colina, el Dr. Don Juan de Dios Rivera, Vocal del Tribunal Mayor de Cuentas, hombre que ya frisaba en más de 60 años y un Dr. Alcorta que era dueño de una joyería. Yo y mi hermano Teobaldo participamos de este almuerzo que para los 4 que he mencionado sería el último de la vida; a las 3 de la tarde de ese mismo día ya todos habían rendido su vida al pie de la bandera.

Sería la una de la tarde cuando una exclamación general se oyó en toda la línea. Los chilenos, “¡los chilenos!”, efectivamente, se desplegaban. Mi padre ordenó al Teniente Suro que nos embarcase para Lima. Los dos hermanos fuimos conducidos hasta la estación, pero Teobaldo se escabulló y solo yo llegué a Lima. Al despedirme besé con sin igual ternura a mi adorado padre. Era mi último cariño para él. Me entregó una carta corta para mi madre, escrita sobre las

cajas de municiones. Esta carta, la última que escribiera, la conservó mi madre religiosamente hasta su desaparición.

Llegué a Lima y fui a ver a mamá —quien se encontraba asilada en el consulado de Austria-Hungría—, pero no me quedé allí. Mi espíritu me impulsaba a ver lo que sucedía. Me fui a la Exposición donde se habían instalado ambulancias. Toda relación por exacta que pudiera o pretendiera darse sería pálida ante la realidad, pero es de imaginarse el horrendo espectáculo que a cada momento se presentaba ante mi vista: filas de heridos llegaban de todas direcciones, unos a pie, otros a caballo. Muchos de ellos al bajarlos ya eran cadáveres. Las brechas hechas en los cuerpos eran monstruosas. La sangre cubría los uniformes y apenas si el esfuerzo de las ambulancias y de otras personas abnegadas se daba abasto para atender tanta tragedia. Entre los heridos venían continuamente mujeres. Se repartían estas víctimas a los hospitales de Santa Ana y al Dos de Mayo en carretas y coches. Otros, cogidos del brazo de un amigo o un pariente, eran llevados a su casa. Por las veredas se veían las manchas de sangre y las pisadas dejaban huella pavorosa. La gente corría presurosa de un lado al otro buscando víveres para proveerse. La situación era de una atroz incertidumbre y puede decirse que la ciudad entera preveía el desastre. Hubo un momento en que vi pasar al Prefecto de Lima, Don Juan Peña y Coronel, acompañado por un grupo de individuos montados que llevaban una gran bandera peruana y gritaban “Victoria, victoria, Viva el Perú”. A su paso, una muchedumbre de todas las clases aclamó entusiastamente el paso de los jinetes, pero todo fue la ilusión del momento.

A las 4 de la tarde, todas las noticias confirmaban el doloroso desastre nacional y dados los antecedentes de pillaje y desborde que acompañaban a la invasión de los chilenos y, más aún, los atroces crímenes cometidos en las poblaciones de Chorrillos y Barranco que fueron reducidas

a cenizas, nadie dudaba de la horrorosa suerte que esperaba a Miraflores y Lima. Como es de suponer, a pesar de mis escasos años toda mi preocupación consistía en indagar por mi padre y mis hermanos. Corría de un lado a otro donde se agrupaba la gente. Al ver llegar heridos y dispersos, se escuchaba un mundo de conversaciones. Alguien me dijo: “yo creo que al coronel González lo han herido”. Este individuo no mentía, pues mi padre había sido herido al comenzar la batalla en un brazo. Se lo hizo vendar y no abandonó el comando de su División como lo hicieron otros con leves rasguños.

Así, en estas indecisiones llegó la noche. A las 7 fui a ver a mi madre, que me preguntó ansiosamente si algo sabía. Me cuidé de revelarle lo que sabía y que tenía angustiado mi espíritu. Mi madre no salió al comedor. Algo de alimento le llevé a su dormitorio y la noté profundamente entristecida.

A las 8 de la noche salí del consulado y me dirigí a nuestra casa en la calle de Boza. Allí vi varios caballos en el patio y movimiento de gente en los altos donde vivía el Teniente Coronel Don Juan Vargas Quintanilla. Este jefe, así como el Coronel Bonifaz, había llegado herido, pero tampoco pude obtener noticias de mi padre.

Estaba en estas tribulaciones cuando llegó mi hermano Teobaldo quien ya había visto a mi madre y venía a buscarme a mí. Él tampoco sabía nada de nuestro padre. Contó que el último momento en que lo vio fue cuando del reducto 2, donde estaba el Batallón de Reserva nº 4 al mando del Coronel Colina, pasó a caballo rumbo al reducto nº 4, donde estaba el Batallón nº 8 comandado por el Coronel Rivero (de este se decía que era medio loco) quien después de iniciada la derrota había llegado a pie desde Miraflores.

Las calles de Lima estaban a oscuras, todo era tenebroso. Se sentían balas, grita y bulla por todas partes. Hombres montados pasaban como una exhalación. Casi todos tenían

un arma y municiones abundantes. Así salimos con Teobaldo y fuimos a dar, como a las 10 de la noche, a la Plazuela de San Isidro. En ese lugar presencié una escena dolorosa: un Batallón entero de Reserva, al comando de Ricardo Ortiz de Zevallos, era disuelto sin haber disparado un tiro.

Como a esas horas más o menos comenzó a ver incendios por diversas partes, carreras, gritos y balas, una especie de infierno. Nuestro pueblo, enfurecido por el desastre y temeroso del hambre, comenzaba a saquear los establecimientos de víveres, especialmente los de los asiáticos. Estos se defendían, pero nada era bastante para contener a miles de hombres armados. De esta manera se consumó un saqueo casi general en los alrededores del mercado y Abajo el Puente; no existía policía y solo el instinto de conservación hizo que cada cual se auxiliase mutuamente.

A las 12 de la noche del 15 de enero, los 3 hermanos —incluido mi hermano José— estábamos rodeando a mi madre. No teníamos noticias de nuestro padre. No estaba en ningún hospital, ni en las ambulancias. Los datos recogidos eran vagos, pero lo cierto es que una mortal angustia nos dominaba.

El 16, a las 7 de la mañana, finalmente tuvimos noticia de la dolorosa muerte de nuestro querido padre: una segunda bala chilena le había perforado la cabeza. Mi madre en medio de su inmenso dolor se mostró digna y heroica. Lo primero que pensó fue en hacer buscar el cuerpo de mi padre, traerlo a Lima y darle sepultura. ¿Quién pues sino sus hijos podíamos enfrentarnos a tan serios peligros? Así quedó resuelto y nos acompañó un primo hermano nuestro, Ricardo Rivera Navarrete, quien aprovechó nuestra resolución para poder traer el cadáver de su tío carnal Don Juan de Dios Rivera, presidente del Tribunal Mayor de Cuentas, hombre de más de 60 años y que rindió su vida como cabo de reserva, perteneciente al Batallón nº 2 que comandaba el Dr. Manuel Lecca, un anciano respetable.

En Lima se dispuso todo: se pagó el carro de 1ª clase a la Beneficencia, se compró un rico cajón y se hizo todo lo posible para que el cadáver de nuestro padre descansase dignamente; pero sus infortunados hijos no sabíamos todas las dificultades que íbamos a sufrir, de tal manera que estas fueron afrontadas con serenidad y carácter por José que era el mayor de todos y se daba más cuenta de la situación. Mi madre no pudiendo hacer más, llenó de oro y plata y de billetes incas los bolsillos de José y le dijo que a todo precio era necesario traer los restos de nuestro padre.

Era el 18 de enero de 1881. El ejército chileno había tomado posesión de la Capital. Apenas se veía gente en las calles. La ciudad ostentaba un inmenso número de casas y almacenes con banderas extranjeras y letreros de latón con los colores de la bandera que decían “propiedad extranjera”. Solo los médicos con su brazalete de la Cruz Roja salían a curar heridas y a los hospitales. El Palacio de la Exposición había sido convertido en campo para la caballería del ejército. Todo animal que podía servir de alimento había sido devorado por los bárbaros. Se sentía desde lejos el galopar sobre las piedras de los soldados de caballería chilena. Reinaba ese silencio aterrador que precede a las grandes catástrofes. Ni un carruaje, ni un tranvía transitaban. Las puertas y ventanas estaban cerradas a piedra y con grandes trancas.

Dentro de la desolación de la Patria y de nuestro corazón caminábamos por las calles de Lima José, Teobaldo, yo y Ricardo Rivera. Atravesamos la estación del ferrocarril y la Plaza Micheo (que hoy es la plaza San Martín), la calle de Belén y la Exposición tomando el camino de la carretera a Miraflores. Solo se veían trenes militares con tropas chilenas. En el camino, nos encontramos con fuertes destacamentos chilenos pero nada nos hicieron. Estábamos a dos kilómetros de Lima, cuando vimos acercarse un sargento montado. Era un hombre alto de bigote y pera. Se paró

delante de nosotros y nos preguntó adónde íbamos. Le contestamos: “Vamos a Miraflores a recoger el cadáver de nuestro padre que ha muerto en la batalla”. Nos miró con gran ternura y nos dijo: “Miren niños, ustedes van a hacer una obra muy santa pero si van solos, estarán expuestos a muchos peligros. Hay muchos ladrones en el campo. Yo los voy a acompañar”. Y, seguramente para inspirarnos confianza, se bajó del caballo y me dijo: “Mire chiquillo, estará cansado. Monte mi caballo. Es manso.” Yo no quise, pero cariñosamente me obligó y durante el viaje mantuvo el caballo con las riendas en la mano. Después montó Teobaldo. José no quiso.

Apenas salimos de Lima, comenzamos a ver desfilar ante nuestros ojos la realidad de la guerra: cadáveres por todas partes, casas de hacienda y rancherías incendiadas; despojos de vestuario y equipo de tropa manchados con sangre; armas rotas, cureñas de cañón destrozadas; las sementeras destruidas, ni un animal en las chácaras, solo ávidos gallinazos volaban en todas direcciones. En medio de todas estas impresiones llegamos a Miraflores, que pocos días antes habíamos contemplado con su encantadora belleza. Poco quedaba en pie, todo era ruinas e incendio; el robo, el saqueo se notaban por todas partes. Algunos oficiales chilenos salían de las casas acompañados por soldados cargados de objetos de arte, muebles, alhajas, etc. La índole de la bestialidad estaba desencadenada. Las mujeres eran ultrajadas por montones de soldados, asesinados los padres que defendían a sus hijos. Niños habían sido muertos por librar a sus madres del atropello. La fuerza estaba al servicio de la crueldad, de los hombres convertidos en fieras.

Es de suponerse cómo estaría nuestro espíritu y la tristeza de nuestros corazones. Es algo que resiste a la realidad relatar nuestro ingreso al pleno campo de batalla. ¡Qué horror! Miles de hombres yacían muertos y por los uniformes se podían distinguir los peruanos de los chile-

nos. De estos ya había pocos porque desde el mismo día 15 comenzaron ellos a recoger a sus heridos y a enterrar a sus muertos. Todos los cadáveres estaban completamente negros. Los tres días al sol y al sereno habían curtido horrosamente los cutis.

Al salir de Lima traíamos de alimento algunas galletas en nuestros bolsillos. Esto nos bastaba. No teníamos apetito. Nuestra ansiedad, los nervios, el dolor que nos abatía nos llenaban el cuerpo y el alma; lo que sí sufríamos era sed. Nos vimos precisados a tomar agua de la acequia que corría atrás de los reductos. Dentro de ella y a sus bordes había infinitos cadáveres. Cuántos de estos desgraciados, heridos desamparados, habían buscado un poco de agua para aplacar su sed y muerto al pie de la corriente.

Nuestro fin era encontrar el cadáver de nuestro padre y ya sabíamos que estaba en el reducto nº 4 de tal manera que tuvimos que atravesar todos los reductos y contemplar el más horroroso cuadro que es posible imaginarse. Recuerdo también que nos acompañaba una perrita que se llamaba “Diana” a la que mi padre había llevado a casa a los pocos días de nacida. Nosotros, como mamá y papá, queríamos entrañablemente a la perra y jugábamos continuamente con ella. Esta ánima parecía comprender la misión que estábamos desempeñando y que coadyuvaba a ella con el más íntimo interés. Corría de un lado a otro, se paraba delante de los muertos, dejaba a uno para ver otro.

Finalmente, separando los muertos conseguimos dar con los restos de nuestro querido padre. Descubiertos ante su cadáver besamos esos restos amados y nos dedicamos a buscar la manera de trasladarlo a Lima. En el campo de batalla había bastantes personas buscando a sus deudos pero había también muchos chinos robando y registrando a los muertos. Quisimos contratar a algunos de estos pero se negaron. Fue entonces que el sargento chileno los intimó con su carabina y accedieron (a cada uno se le pagó 500 soles

incas). Se improvisó una camilla y salimos de Miraflores con rumbo a Lima. Todo hombre ha amado a sus padres y no se hace necesario, ni sería posible describir aquí la triste peregrinación que representábamos.

Llegamos por la carretera a la portada de la Exposición, como a las 5 de la tarde. Allí se nos impidió por la fuerza ingresar a la ciudad: teníamos que llevar a nuestro padre al Panteón directamente. ¿Cómo hacerlo? Primero necesitábamos el cajón, la carroza, el número del nicho. Todo estaba en Boza. Entonces Teobaldo se dirigió a casa. La carroza cansada de esperar se había retirado; el cajón fue conducido hasta la puerta del Hospital 2 de Mayo donde pusimos los restos de nuestro padre, pero como estaba enormemente hinchado no cabía en el cajón. Fue necesario buscar quien hiciese uno de tablas y este solo estuvo listo a las 12 de la noche. A pesar de todo no fue posible clavarlo y tuvo que ser amarrado con sogas. Una carroza de última clase, de esas que conducen los muertos del Hospital, conseguimos para conducir el cadáver de nuestro padre que a más de la una de la mañana llegaba al cementerio de Lima. A esas horas conseguimos, venciendo mil dificultades, depositarlo en su nicho y solo cuando mi hermano José puso sobre el enlucido “Coronel José González. 15 de enero 1881”, sus hijos cubiertos de lágrimas nos despedimos para siempre del más amoroso de los padres.

De todo este relato, como de todo lo que he escrito es posible que me haya olvidado mucho, toda vez que de esto han pasado más de 45 años y la memoria es a la única que confío estos recuerdos.

Llegan hasta aquí las palabras de mi bisabuelo. Poco tiempo después moriría víctima de una pulmonía y la redacción de sus memorias quedaría inconclusa. El hecho, sin embargo, no parece fortuito: la decisión misma de concebirlas ha de haber estado implicada por el conocimiento de la inminencia

de su propia muerte. Lo sorprendente, en todo caso, es cómo el sentido de sus palabras se enriqueció con las circunstancias posteriores: si la vida de mi bisabuelo cobró un nuevo rumbo a partir de los hechos que le tocó vivir, la mía también adquirió una nueva luz a partir de su relato. Hoy, a un número de décadas aun mayor, constato la justeza de su decisión. Sin ella, en realidad, yo también hubiera atravesado mi propia vida como uno de esos jefes que se retiraron del campo de batalla ilesos y dispuestos a recibir la gloria de los combatientes muertos. Quizás en todo ello haya una señal inequívoca de nuestro propio destino.

Abro la ventana bajo el cielo de la noche. Escucho un disparo a lo lejos.